ANTONIO NAVA VALDÉS

NUEVA SENDA

ZARZUELA DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

MIGUEL SANTONJA y JOSÉ PADILLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

NUEVA SENDA

NUEVA SENDA

ZARZUELA DRAMÁTICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA

original de

ANTONIO NAVA VALDÉS

música de los maestros

MIGUEL SANTONJA y JOSÉ PADILLA

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO BARBIERI la noche del 8 de Octubre de 1909



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1909

A Don Santiago Rusiñol

mi maestro y amigo con todo el entusiasmo de mi alma,

Antonio Nava.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LUDIVINA..................	SRA.	COMERMA.
CONDESA..................		IRURZUN.
VIRGINIA..................	SRTA.	ESPEJO.
REMIGIO..................	SR.	HERNÁNDEZ (Fernando).
RICARDO..................		GOTÓS.
VILLA-ROBLES...........		FERNÁNDEZ.
OLMEDILLA..............		BARRETO.
CAMPUZANO.............		MUÑOZ.
EL ALCALDE.............		ORTIZ.
CURA......................		MÁS.

Coro de pescadores

La acción en un pueblo de la costa cantábrica (Santander)

Derecha é izquierda, las del actor

Para esta obra ha pintado una magnífica decoración el reputado escenógrafo Sr. Barta.

Personajes:

Ludivina, 20 años, viste de aldeana pobre pero afinada, con un no se qué de elegante que hace olvidar la forma del vestido. Habla bien.

Condesa, 50 años, aire señorial y beato, viste sencillamente.

Virginia, 17 años, hija de la condesa, viste elegante y á la última moda. Espíritu absolutamente superficial.

Ricardo, 25 años, elegante sin refinamiento. Espíritu de ideas democráticas, conciencia honrada y rectitud de hombre poseído de sus actos.

Remigio, 65 años, viste traje pescador del Cantábrico. Aire preocupado. Tipo de *lobo de mar*.

Villa-Robles, 30 años, gran inteligencia. Espíritu honrado y sarcástico, un poco escritor. Aire severo, pero muy simpático.

Olmedilla, 28 años, aspecto *superchic* (como él diría), extremadamente refrenado y pulcro.

Campuzano, 46 años, hombre pacífico. Tipo de burgués imbécil é incoloro. (En las discusiones se pone siempre al lado del más fuerte.)

Alcalde, 50 años.

Cura, 70 años.

A los intérpretes de NUEVA SENDA

¡Gracias, amigos míos! ¡Muchas gracias! De aquellos aplausos que oímos en la noche para mí memorable, ya sé que todos os corresponden. Si alguno hubo para mí, fué seguramente por el acierto de haberos elegido por intérpretes. Sabedlo todos. Y usted, admirable Remigio, después de recibir un abrazo mío, ¿quiere usted ponerme á los pies de la encantadora Ludivina?

El Autor.



ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Plaza del pueblo. A la izquierda, fachada de la iglesia. A la derecha, fachadas de viejas casas de pescadores, de donde cuelgan atributos de pesca. En medio, hacia la derecha, frondoso árbol rodeado de asientos. Fondo de calle por donde se divisa el mar.

ESCENA PRIMERA

VILLA-ROBLES, OLMEDILLA, CAMPUZANO y ALCALDE. Aparecen sentados al lado del árbol mirando al fondo

OLM. Buena cara tiene hoy el mar. Parece un cortesano más que viene á felicitar á la Condesa.

VILLA Como que son contemporáneos.

CAM. ¡Por Dios, Villa-Robles, que pueden oirlo!

VILLA ¿Y qué? Pensaría que me refiero á su nobleza, no á sus años.

ALC. Por Santiago siempre tuvo la mar buena cara.

VILLA (Guasón.) ¿Es que tiene *la mar* sus santos predilectos?

ALC. Sí señor, y precisamente por San José ahí mismo se estrelló un pailebot.

OLM. ¡Cáspita! Entonces no tendría la cara sonriente de que hablamos.

ALC. Como que parecía que iba á tragarse todas esas pobres casuchas.

CAM. ¿Y la tripulación del barco se salvó?

ALC. Todos, merced al valor de un marino de este puerto.

CAM. ¿Y quién ha sido ese héroe?

ALC. El señor Remigio.

VILLA ¡Ah, sí! Ese padre de una linda muchacha, que siempre parece sumido en dolorosa preocupación.

OLM. ¡Ja, ja! El eterno lobo de mar.

ALC. Yo no sé si será lobo de mar. Lo que sé, es que no hay un corazón más valiente ni un alma más noble en todo el país. Y no se crean ustedes que es esto lo único que ha hecho, que no tardará en venir aquí otro hombre que le debe la vida.

CAM. ¿Sí? ¿Y quién es ese que le debe la vida?

ALC. El hijo de la señora Condesa, el señorito Ricardo.

VILLA Hermosa deuda. Es la primera que le conozco.

CAM. ¿Y cómo fué? ¿cómo fué?

ALC. Un día, bañándose don Ricardo, quiso hacer la valentonada de llegar hasta la boya de amarre, le faltaron las fuerzas y á poco se ahoga si el señor Remigio no se tira al agua.

VILLA Eso es sencillamente magnífico, pero ¿saben ustedes lo que más me admira de Remigio?

CAM. ¡No!

OLM. ¿Qué?

VILLA ¡Su hija!

OLM. De acuerdo *mon cher*; es deliciosa. Pero no no estoy por la «Venus Rústica»; se lavan tan poco, se visten tan mal... Y además, de esta se dicen tantas cosas...

ALC. Se dice la verdad. Ha vivido en casa de la señora, allí sirvió porque era hija de Remigio. Todos la querían; de pronto un día se supo en el pueblo que al marcharse la condesa se había negado á seguirla á Madrid. Y aquella chiquilla tan modesta y humilde,

al poco tiempo daba á luz un niño. Desde entonces la desprecia todo el mundo.

VILLA ¡Hombre, la desprecian! ¿Y por qué?

CAM. Caramba, ¿le parece á usted poco tener un hijo y no saber quién es su padre?

VILLA La muchacha es preciosa y parece honrada.

CAM. ¡Honrada! ¿Pero cómo va á ser honrada, si precisamente se habla de su hijo?

VILLA Bueno: ¿y qué significa ese hijo? ¿es que por eso no puede seguir siendo honrada?

OLM. ¡Ay! ¡ay! Villa-Robles, ya empezamos con teorías disolventes. Cállese usted, no nos convencerá con ello; eso es bueno para *meetings* libertarios, para los rojos, los reformadores de la sociedad. Todo eso son frases. Nada, no nos convence. Hay que desengañarse, *My-dear*, en los pueblos hay demasiada inmoralidad.

VILLA De la que se aprovechan ustedes en las grandes ciudades. No, querido Olmedilla, no son frases, son hechos, son verdades. Frases son esa moralidad y esa honradez externas que ocultan el relajamiento y la degeneración, como una chistera oculta una calva más reluciente aun, y esa calva tal vez un cerebro de idiota; como la capa clásica al buen bebedor. ¿Frases? Todo son frases después del resobado ¡palabras! ¡palabras! de Shakespeare. Todo son frases, pero unas corresponden á hechos, otras á sueños; otras á infamias.

OLM. ¿Infamias? ¿Es que con eso quiere usted insinuar que la hay en el caso de esta chiquilla?

VILLA No lo insinúo, lo afirmo. No está la infamia en el pueblo que la condena injusto, está en las costumbres, está en la pobreza de los espíritus que viven y obran con pauta señalada de antemano, porque no pueden moverse por sí mismos. A esa mujer, ¿de qué se le acusa para castigarla con ese desprecio general? ¿De haber cumplido una ley de la Naturaleza? ¡Pues condenar á la Naturaleza! Pero no, de lo que se le acusa es de trastornar ese tejido de preocupacio-

nes tradicionales, de reglamentos, de fórmulas de vida artificiales, en las que se apoyan los tontos para dárselas de jueces y tener argumento los vivos para el medro; los ricos para el tranquilo disfrute de su existencia... (Transición.) Pero me aburre la discusión, señores, no me podríais comprender; es una historia vulgar, pesada, ¿queréis que la dejemos?

CAM. (Con alegría.) Sí, señores, es mejor dejarla, (Señalando á la derecha) porque además hacia aquí viene la Condesa y sus hijos.

(Entran Condesa y Virginia del brazo y Ricardo detrás. Villa-Robles, Alcalde, Olmedilla y Campuzano se levantan y salen á recibirlos.)

ESCENA II

DICHOS, CONDESA, VIRGINIA y RICARDO

COND. ¡Hola, señores! Ya estamos aquí. Nada, no hay remedio, nos aburrimos sin ustedes.

CAM. ¡Oh! por Dios señora, tanto favor...

COND. Nada, nada, es lo cierto, son ustedes tan divertidos, tan ingeniosos... Forman ustedes un admirable grupo.

VILLA Para una revista ilustrada.

COND. Vamos, Villa-Robles, no sea usted malo.

VILLA ¿Cómo ingenioso? No puedo remediarlo, seré malo siempre.

COND. ¡Ah! Ya sabe usted que no he querido decir eso.

RIC. Vamos, Robles, deja en paz á mamá con tus chistes y sé formal.

VILLA ¡Caray, chico! desde que eres ingeniero estás insoportable. Usas el título como una gasa de luto en el sombrero. Estás fúnebre. ¡Y si vieras qué mal te sienta esa formalidad!

VIR. (Riendo) Tiene mucha razón Villa-Robles. Se hace el hombre formal. Ya no quiere jugar al *croquet* con nosotros. Pone cara de juez, echa discursos. En fin, está como usted dice, (A Villa-Robles) insoportable. (Ricardo hace un gesto de protesta.)

OLM. ¡Sí! ¡sí! Es verdad.

RIC. No seais majaderos. Los insoportables sois vosotros con las bromitas.

COND. (Sonriente.) No abrumarlo. El título requiere cierta formalidad.

VILLA Estará estudiando algún proyecto.

RIC. Tú lo has dicho. Estoy estudiando un proyecto que os dejará asombrados. (Dice esto muy serio.)

OLM. ¿Un dirigible?

VIR. Yo quisiera que inventaras un nuevo automóvil; ¡me gustan tanto!

VILLA Sí lo creo. Es muy bonita la nueva *toilette* de excursión.

CAM. (Que ha estado dando vueltas, se acerca y dice:) Lo que hace falta son máquinas de industria, no de *sport.* Ocúpese usted de los ferrocarriles.

RIC. Es algo mejor que todo eso. Pero no preguntéis más por que no he de decirlo.

ALC. (Señalando á la derecha.) Ya llegan los vecinos.

COND. Bien venidos sean, si es para gloria del Señor.

VILLA (A Virginia.) Virginia, la masa popular que os aclama.

VIR. ¡Pero son tan zafios y torpes! Cuando están delante de personas ilustradas, no saben hablar.

OLM. (A Virginia.) Y luego tan sucios; huelen tan mal.

VILLA Huelen á *foin coupé.*

(Entrando por la derecha Remigio y pescadores, gente del pueblo. Las mujeres llevan ramos de flores. Entre ellas, ocultándose, Ludivina. Se paran todos respetuosamente.

ESCENA III

DICHOS, REMIGIO, LUDIVINA y luego el SEÑOR CURA

COND. (A Remigio.) Hola, Remigio. Ven, hombre, acércate. ¿Qué tal esa salud? Tanto tiempo sin saber de ti; del más honrado vecino de esta Costa.

REM. (Se acerca titubeando.) Bien señora... Venimos los del pueblo como todos los años... á la fiesta quela señora Condesa organiza .. como la señora es la madre del pueblo... venimos á ofrecerle estas pobres florecillas. (Algunas mujeres entregan á la Virgen ramos de flores.)

VIR. (Agradeciendo los obseqnios.) Gracias; en vuestro nombre los ofreceré á nuestra Virgen.

COND Así me gusta; viéndoos á todos con santa devoción, la Virgen nos dará el perdón á todos. (La Condesa en este momento apercibe á Ludivina; se levanta de un salto del banco donde se había sentado anteriormente y la señala con el dedo) ¡Pero qué veo! ¿Qué viene hacer aquí esa mujer? ¿cómo se atreve á manchar este santo recinto? ¿Y tú, Remigio, te atreves á presentarte á tu señora con esa perdida? ¡Fuera de aquí! ¡marcha! Vé á cuidar á tu hijo y á buscar al padre. Vé á buscar á ese hombre, que será un aventurero de los caminos, y huye con él. Marchad siempre; no os pareis para no tener tiempo de manchar ni el terreno... Y vosotros (A los demás.) apartaos de ella; esa debe vivir fuera de la sociedad, ya que ella se puso fuera de la honra. ¡Anda, marcha! ¿no has oído? (En este momento suena la campana de la Iglesia. Remigio oye esto con la cabeza baja emocionadísimo.)

RIC. (Se acerca á su madre y la dice suplicante.) ¡Pobrecilla! Tenla un poco de compasión, mamá.

VILLA (Se acerca á la vez á la Condesa.) ¡Si, Condesa, perdonémosla todos!

COND. (A Villa-Robles.) Calle usted. Estas cosas no admiten abogados de la tierra, porque su Tribunal está más alto. Entremos todos en la casa de Dios; todos menos ella. (Van entrando la gente del pueblo en la Iglesia. La Condesa, Virginia, Remigio, Campuzano, Olmedilla, se encuentran ya cerca de la puerta de la Iglesia. Ricardo y Villa-Robles siguen cerca de Ludivina. En este momento aparece el Cura por la izquierda.)

CURA ¿Pero qué ocurre, Condesa? ¿qué ha sucedido?

COND (Llendo hacia el Cura precipitadamente.) ¡Ay! ¡ven-

ga usted, padre mío! (Suben los escalones de la portada de la Iglesia y desde el dintel de la puerta dice:) ¡Aquí está el juez!

CURA Calma, señores, calma.

COND. Vamos, padre, vamos hacia Dios. (Desaparecen. Quedan en escena el Alcalde, Villa-Robles, Ricardo y Ludivina.)

ALC. (A Ludivina.) Ahí tienes el fruto de tu obra. Recréate en él. (Vase por la última caja de la izquierda.)

VILLA (A Ricardo.) Pues señor, estos Tribunales invisibles me hacen la mar de gracia; aplican la pena sin esclarecer el delito.

RIC. El fanatismo tiene sus leyes sostenidas sólo con incienso. No hay que apurarse; se evaporan.

VILLA Pero mientras tanto asfixian. (Entra en la Iglesia.)

ESCENA IV

LUDIVINA y RICARDO

Al apercibirse de que están solos se abrazan con gran cariño

LUD. Ricardo, no puedo más.

Música

LUD. Ese mundo sin piedad
atropella la razón,
y sin saber la verdad
júzgame sin compasión.

RIC. Es que imbécil y atrevido
no respeta lo sagrado,
ese mundo despiadado,
ese mundo maldecido.

LUD. El mundo y su vanidad,
¿qué puede importarme á mí,
si lo que oculto está en ti
llevas á la realidad?

RIC. Nunca de ti me he olvidado,
pero calma tu ansiedad.

Si tú el misterio has guardado
pronto del mismo saldrás.
Y muy pronto iremos
á un mundo mejor,
y allí viviremos
en lazos de amor.

LUD. ¡Ay, Ricardo de mi alma,
el martirio que pasé,
tornará al fin en la calma
de la dicha que soñé!

LOS DOS Y al hijo en su dulce sueño
velaremos sin cesar,
que tú eres su dulce dueño
que mitigas su pesar.
Y muy pronto iremos
á un mundo mejor,
y allí viviremos
en lazos de amor.

Hablado

RIC. Todo conspira contra tu honra, pero Ricardo vela por ti. Me abandonará mi madre; me criticará la sociedad; pero yo les haré comprender á todos que el señorito ostenta un corazón pletórico de sentimientos humanos. Tu honra quedará á salvo; para eso yo no desciendo á ti, antes bien, me dignifico como hombre ante la igualdad social. Si yo soy hijo de la Condesa de Fuente Clara, tú eres hija del bravo marino que me salvó la vida. Te elevas por tu destino más allá de mis blasones.

LUD. (Radiante de alegría.) ¿Será verdad, Ricardo?

RIC. Sí; ¡hoy mismo cumpliré mi palabra! No temo al destino... Soy ya ingeniero. ¡Qué puede importarme el orbe, si para mí eres tú el todo de mi vida! (Oyense los ecos místicos de un órgano en la iglesia.)

LUD. (Solloza.) ¡Qué bueno eres!

RIC. No llores. Alegra tu semblante. Que vea lucir en tus mejillas el sol de nuestras primeras glorias. (Indicándole á la iglesia.) Escucha, escucha. ¿Ves esa gente que está bajo la im-

presión del culto, sufriendo en su misticismo espasmos de epilepsia arrastrándose como reptiles hasta el sacerdote que los bendice? Esos son los mercaderes arrojados por Jesús del Templo; son los canallas cebados en tu honra; pero pese á todo, tu serás siempre la mujer de mis anhelos y de mis esperanzas. Tú serás mía; mía para siempre. (Cesa el órgano.)

LUD. (Muy anhelante.) Sí, Ricardo, Ricardo... que sea pronto.

RIC. Esta noche, cuando toda esa gente se halle entregada á las diversiones de la verbena, saldrás con nuestro hijo frente del murallón del castillo, yendo á vivir en un mundo de amor y libertad.

LUD. ¡Oh, qué hermosa felicidad! Solo viviré de tu cariño.

RIC. Hasta el momento indicado solo el misterio debe guiar nuestros pasos. (Abrazándola.) Hasta luego, bien mío.

LUD. Hasta después, mi Ricardo. (Ricardo entra en la iglesia.)

ESCENA V

LUDIVINA

¡Qué feliz soy! El sol alumbra mi cariño. (Mirando hacia dentro de la derecha.) Hijo mío, muy pronto se secarán las lágrimas de dolor de tu madre. Duerme, duerme tranquilo. (Al volverse hacia el proscenio se encuentra con el Alcalde que entra por la izquierda, llevando una vara de la hermandad.)

ESCENA VI

LUDIVINA y ALCALDE

ALC. ¿Aún sigues aquí?

LUD. Señor, como todos quiero rezar á la Virgen...

ALC. Las hijas como tú no pueden acercarse al manto puro de María.

LUD. Ella es madre nuestra. Madre amante y cariñosa que consuela á sus hijos. Ella me ha de perdonar.

ALC. (Con ansiedad y serenidad.) Vete de aquí, va á salir la procesión y no quiero que eclipses el brillo de la fiesta. Márchate.

LUD. Pero, ¿es que acaso no tengo yo el mismo derecho que tienen los demás?

ALC. No; tú eres una mujer sin derecho alguno. Yo soy la autoridad y te ordeno que abandones este santo lugar.

LUD. (Con energía.) Pues Dios, ese Dios que nos juzga á todos, perdona nuestras faltas y nos dice que lleguemos hasta Él. ¿Con qué derecho os interponéis ante Dios y esta pobre mujer?

ALC. Yo cumplo con la ley.

LUD. ¡La ley! Una ley que se interpreta de caprichosa manera, aplicando su fuerza para una mujer que da vida á un pequeñuelo, no es ley; es el mayor absurdo de esta pobre condición humana.

ALC. Tu delito te hace caer fuera de la compasión. No hagas que te aplique la fuerza de mi autoridad. Vete.

(Comienza el repique de campanas que anuncia el salir de la procesión. El Alcalde entra en la iglesia.)

LUD. Yo cuento con otra más grande, la de mi amor. (Vase hacia el fondo de la derecha. Comienza á salir la procesión.)

ESCENA VII

Todos los personajes de la obra y CORO GENERAL. La disposición y orden de la procesión podrá hacerse conforme los usos ordinarios ó á los que la acción de esta obra se refiere. Sale primeramente el Coro general

Música

CORO
Cual una flor en las auras
tranquilamente se mece,

cual el iris que aparece
después de una tempestad,
Virgen santa y milagrosa,
del marino clara estrella,
deja que sigan tu huella
tus hijos con fé ardorosa.
Oh, gran señora,
madre de amor,
dulce consuelo
del pescador.
Mira á tus plantas
llenos de afán
quienes la vida
por tí darán.

(Aparecen saliendo de la iglesia cuatro feligreses, llevando en andas una imagen de la Virgen. El cura sale á continuación y por este orden la Condesa, Virginia, algunas señoras, Remigio, Ricardo, Villa-Robles, Campuzano, el Alcalde y Olmedilla. Llegan hasta el centro del escenario y ya allí descansan los que llevan la Virgen. En este momento se arrodillan todos.)

TODOS
Mira postrados
con humildad
quienes esperan
tu caridad.

(Transición. Ludivina avanza resuelta hacia la imagen rompiendo el orden de la procesión. Se arrodilla ante la imágen.)

LUD.
Escucha, Virgen mía,
mi lamento y dolor.

TODOS
(Levantándose.)
Fuera, fuera de aquí.

COND.
Tal descaro nunca ví.

REM.
(Con dolor á Ludivina.)
¿Te atreves, desventurada,
esta fiesta á profanar?

LUD.
(Levantándose.)
Como todos los presentes
mi perdón vengo á implorar.

ALC.
(Cogiendo bruscamente por un brazo á Ludivina.)
Si te atreves á seguir
en tu empeño vergonzoso,
cumpliendo con mi deber
te encierro en un calabozo.

RIC. (Interponiéndose á todos.)
Quien sin honor ni decoro
atropella á una mujer,
no es cristiano y en su pecho
lleva corazón de hiel.

COND. (Cogiendo á Ricardo.)
¡Loco te has vuelto!

VIR. Ven hacia aquí.

RIC. La razón nunca
se llamó así.

REM. (A Ludivina.)
Marcha y no vuelvas
vete hacia allá.

LUD. ¡Ay, no podía
esperar más!

ALC. Siga con orden
la procesión.

RIC. (Aparte.)
Se me desgarra
el corazón.

(Se pone en marcha la procesión hacia la izquierda.)

TODOS

Virgen santa y milagrosa,
del marino clara estrella,
deja que sigan tu huella
tus hijos con fe ardorosa

LUDIVINA (Al público.)

Ricardo al fin cumplirá
lo que antes aquí me dijo.
Corro á besar á mi hijo
y esto me consolará.

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Calle. A la derecha se entiende el interior de una de las habitaciones de la casa de Remigio. Puerta al interior y otra al exterior de la calle. Cuna con un niño.

ESCENA PRIMERA

LUDIVINA aparece sentada al lado de la cuna. Al levantarse el telón aparece el Coro de pescadores por la derecha

Música

TODOS — Descansa hoy marinero
de las fatigas del mar,
pues para que yo te quiera
en mis brazos has de estar.

ELLOS — Son tus brazos buenas redes
para pescar,
pues los peces de sus mallas
no han de escapar.

ELLAS — Si mis brazos son las redes
que te han de atar,
ellos de todo peligro
te han de salvar.

ELLOS — Dame, pues, tus brazos.

ELLAS — Tómalos, bien mío.

TODOS — Vámonos juntos todos agarraditos.
La red tendida queda
cual símbolo de paz,
la fiesta nos espera
corramos hacia allá.

Hablado

LUD. — (Abre la puerta y habla dirigiéndose á los pescadores.) ¡Qué alegres van los pescadores! También en mi corazón hay alegría. El deseo (Dirigiéndose al niño.) de mi alma es verte respetado por esa gente sin conciencia; ese momento

se aproxima y crece mi ansiedad. (Coge al niño y lo besa.) ¡Pobre hijo mío! (Aparece Remigio por la primera izquierda denotando gran dolor.)

ESCENA II

LUDIVINA, REMIGIO. Luego el CURA

REM. ¡Al fin respiro! Cerca de esa gente me ahogo. Cada condenación suya es una tempestad que se desata cual terrible galerna en mi alma. Nadie nos tiene compasión, ¡hasta me miran como cómplice de su delito! ¡Ah, pero yo os daré cebo bastante! ¡No sabéis de lo que es capaz aun este viejo! (Aparece el Cura por la derecha.)

CURA Hola, Remigio.

REM. Bien venido, señor Cura. ¿Va usted á la fiesta?

CURA Sí; voy á la plaza. Es la única noche en el año que me explico esta expansión de los jóvenes.

REM. Justo es que después de tantos días de fatigas tengan unas horas de alegría.

CURA Todos la sienten hoy menos tú.

REM. ¿Y qué soy yo? Un viejo inútil, una piedra, una mata, algo que se encuentra al lado del camino sin que nadie lo mire al pasar. ¿Qué importa que viva ó muera? Yo no soy nadie.

CURA No; tú eres la abnegación, el sacrificio.

REM. Nada más natural cuando se sufre por una hija. Si todos la desprecian, ¿quién la ha de amparar sino su padre? ¡Ay! pero temo que las fuerzas me falten. Nadie la compadece. ¡Ni esa alma tan generosa que es consuelo de todos los pobres! Yo pensaba que la caridad y la compasión se ejercían cuando más grande era el pecado. No piensa así la señora Condesa.

(Ludivina se apercibe del diálogo y se acerca á la puerta escuchando.)

CURA La Condesa tiene razón. Representa el abolengo de su apellido. Defiende la santa moralidad cristiana. Tu hija se encerró en el secreto de su pecado como en una fortaleza. Nadie mejor que yo lo sabe; por eso es mil veces más infame que el criminal arrepentido.

REM. ¡Señor Cura, por Dios! ¡Mi hija está arrepentida! Yo tengo la seguridad de que en sus oraciones pide perdón á la Virgen.

(Ludivina abre la puerta.)

CURA ¿Por qué entonces no declara á los ministros del Señor su pecado?

LUD. (Dirigiéndose al Cura y á su padre.) Yo creo, señor, que Dios me perdona porque sabe que mi secreto deben ignorarlo todos.

CURA Dios vive en mí y tú no te declaras á su ministro.

LUD. Es que lo grande de mi secreto no tiene defensores en la tierra. Su grandeza me impulsa hasta el Supremo Tribunal del cielo. Ya lo ha dicho la señora Condesa.

CURA Dios perdonó á la pecadora arrepentida, pero Dios no perdona el pecado orgulloso; queda con El y que El te inspire el arrepentimiento. ¿Vienes, Remigio?

REM. Sí, señor Cura; voy á acompañarle. (Aparte.) No me atrevo á quedarme solo con ella. ¡Pronto terminará todo! ¡Qué importa que yo muera! (Vanse el Cura y Remigio por la izquierda.)

ESCENA III

LUDIVINA; en seguida RICARDO

LUD. Que Dios os guarde y acompañe. Yo quedo con El. El es el único compañero en la desgracia, el que nunca abandona. (Entra en la casa y cierra la puerta.) Arreglaré lo necesario y esperaré al lado de mi hijo que llegue la hora. (Entra por la puerta del interior. Ricardo aparece por la derecha. Dirígese á la puerta de la casa en actitud de entrar y se detiene.)

RIC. Llego á esta puerta impulsado por la ansiedad de besar á mi hijo. Quiero estrecharle entre mis brazos para comunicarle alientos de vida y no puedo... no puedo. Esta puerta es una fortaleza infranqueable para mí. Pero no; la voz del amor será como el son del clarín victorioso que dé entrada á la razón. Tú, pobre sér que empiezas á vivir, ¿qué hiciste para que no cubran tus labios los besos de tu padre? Pronto estarás entre mis brazos, y entonces esa sociedad, artífice de todos los errores humanos, se enloquecerá al ver que te elevo más allá de sus prejuicios. La miraremos con desprecio y tendremos como buenos una frase de compasión para juzgarlos. (Aparecen por la derecha Villa-Robles y Campúzano.)

ESCENA IV

RICARDO, VILLA-ROBLES y CAMPUZANO

CAM. (A Ricardo.) Caramba, Ricardo. ¿Qué hace usted por estos lugares?

VILLA Estudiará algún proyecto.

RIC. (Agrio.) No, está estudiado ya. Vengo á ponerlo en práctica.

VILLA ¿Será alguna habitación troglodita?

RIC. Es un nido nuevo de ave Fénix. El pájaro eterno, el amor que renace de sus cenizas.

VILLA Está visto; la vida á plena naturaleza nos hace idílicos.

CAM. Lo que nos hace esta vida es tontos. No entiendo nada.

VILLA Yo pienso en un dirigible más alto que tu nido.

RIC. El mío está más allá de la atmósfera.

VILLA Chico, te vas á asfixiar.

RIC. Seguramente, si estoy un momento más entre vosotros. (Vase huyendo por la izquierda.)

CAM. ¿Pero qué le pasa?

VILLA Es el vértigo de las grandes alturas.

CAM. ¿Dónde va?

VILLA Pero hombre, ¿no lo ha oído usted? A coger nidos. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

REMIGIO, que aparece por la primera izquierda, denotando un dolor inmenso. LUDIVINA sale por la puerta interior y se sienta al lado de la cuna

Música

REM.
Allá, donde todo es espumaje,
donde el mar intimidar intenta
al bramido del trueno que revienta
envolviéndome entre su oleaje,
nunca temí la muerte,
nunca temí el dolor,
y hoy tiemblo de mi suerte
en defensa del honor.
Allá, donde con valor y alma
escuchando mi punzante duelo
gime el mar y se estremece el cielo,
allí quiere descansar mi alma.

—

Nunca temí la muerte,
etc., etc.

(Pausa larga, durante la cual la orquesta cambiará de tema para entrar en el dúo siguiente.)

—

(Ludivina dentro al lado de la cuna. Remigio en la calle.)

REM.
Negra como mi aflicción
viene la noche ya;
¡qué terrible sensación!
¡qué negra fatalidad!

—

LUD. (Meciendo la cuna.)
Cierra tus ojos negros,
bien de mi vida;

al lado está tu madre
que no te olvida.

—

REM. (Indicando al interior de la casa.)
Canta, haz que se duerma,
que al volver á despertar
mejor dicha ha de encontrar
dentro de la vida eterna.

—

LUD. Cierra tus ojos negros,
bien de mi vida;
muy pronto ha de llegarnos
la hora querida.

—

REM. Canta con mayor ardor,
esto me causa placer;
ya se acabó mi rencor,
ya te comienzo á querer.

Hablado

REM. Canta, sí, canta. Tus alegrías de madre me parecen más tiernas. Aprovecha los minutos; no dejes un momento de besarle. (Transición.) Ya no me mira la gente con aquel desprecio; parece que todos leen en mi rostro, y me aconsejan... «Eso, tío Remigio... eso es lo que tiene usted que hacer...» Eso haré. ¿Para qué vivir con el dogal de la deshonra al cuello? No.. ¡jamás! Antes iremos los dos arrastrados por las olas y entonces sabré toda la verdad de ese atroz misterio que enloquece mi cerebro.

(Aparece Ludivina en el dintel de la puerta. Al ver á su padre se detiene.)

LUD. ¡Mi padre!

REM. (Yendo hacia Ludivina con disimulado cariño.) Ludivina, ven hacia aquí, ya no soy el padre severo al que tanto temes.

LUD. (Con sorpresa.) ¿Qué dices?

REM. (La abraza.) ¡Ya te quiero! ¿No ves cómo te abrazo? ¿No ves cómo ya te beso?

LUD. ¡Dios mío! ¿qué quieres decir?

REM. ¡Que eres inocente!

LUD. ¡Pero tú sabes!...

REM. Sé que tienes derecho á rezar á la virgen... Mira, ahora está sola; vete, póstrate á sus plantas y rézale con devoción.

LUD. ¿De veras? ¿tú me vuelves á querer? ¡Qué bueno eres!

REM. Sí, no pierdas tiempo... Vete ahora mismo, y mientras yo descanso pídele por tu hijo y por tu padre. (Aparte.) El y yo descansaremos bien.

LUD. Y tú, ¿te separarás de mi hijo?

REM. Ni un solo momento.

LUD. Pues hasta luego, padre mío. (Aparte.) Pediré á la Virgen que no nos falte Ricardo. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

REMIGIO

Ya tengo el campo libre. ¡Adiós, Ludivina, quedarás sola en castigo de tu delito! ¡Pues no parece que estoy temblando! ¡Adelante! ¡concluya de una vez esta zozobra! ¡Cogeré entre estas toscas manos á ese ángel... ¡y al murallón! (Se oyen á lo lejos cantos de giraldillas.) ¡Cantad! ¡que no cesen por un momento vuestras alegrías!... ¡Y si nuestros cuerpos, empujados por las olas, llegan á la playa, no les neguéis vuestra compasión! ¡Adentro! (Dentro ya.) ¡Soledad! ¡Silencio, donde antes sólo había tranquilidad y alegría! (Coge al niño en brazos y le interroga.) ¡Duerme! ¡Si tu pudieras contestarme á una pregunta los dos estábamos salvados! ¿que a cuál?... ¿Quién es tu padre?... ¿quién es tu padre?... ¡Qué ilusión! (Sale con el niño á la calle. Cesan los cantos.) Nadie. La calle solitaria... Allá el murallón del castillo que me espera... Abajo el mar donde se

se pulimentan las piedras que ruedan sin cesar por el fondo del acantilado... Allí mismo se pulimentará mi honra, que también rueda como un juguete de boca en boca. ¡Mi honra! ¡Sí, por ella! ¡por mi honra!

(Vase precipitadamente por la izquierda con el niño.)

(Aparecen por la derecha la Condesa, Virginia y Olmedilla.)

ESCENA VII

CONDESA, VIRGINIA y OLMEDILLA

VIR. Por Dios, mamá, no corras tanto.

OLM. ¡Oh! la impaciencia la devora.

COND. No se equivoca usted. Estoy preocupadísima. ¿Dónde podrá estar Ricardo?

OLM. Admirando las rítmicas ondulaciones de alguna... sirena danzante ..

COND. (Aterrorizada.) ¡Oh!...

VIR. Como él es tan aficionado á estas fiestas populares...

OLM. Yo también... ¡Oh!... En Madrid llegué á ser el *clou* de la *kermesse* del Callao.

COND. Sí... sí... los estudios de hoy día, trastornan á los jovenes temerosos de Dios.

OLM. De acuerdo señora, pero reconozcamos que la sabia ciencia... ¡Oh!.. la sabia ciencia...

VIR. Sí... lo atropella todo y nos hace ridículos .. ¡Ay, Olmedilla! ¡Ricardo haciendo el ridículo!... Evítelo usted, por Dios... ¡Qué dirán!

COND. ¡No dirán nada! El ridículo no se inocula en nuestra sangre azul.

OLM. ¡Cáspita, Condesa! No se inocula, pero nos pone verdes...

COND. Bueno... vamos... (Desaparece por la izquierda seguida de Virginia.)

OLM. (Tras ellas, haciendo molinetes con el bastón.) ¡Oh... el ridículo!

ESCENA VIII

LUDIVINA, aparece por la derecha

Ya estoy más tranquila. Las oraciones han fortalecido mi espíritu. Ahora á mi deber. ¡No temas padre mío! ¡Seré buena hija! El soldado debe abandonar lo que le entorpece para la lucha aunque luego, después de la victoria vuelva á recuperarlo. Yo te buscaré, ¡viejecito mío!... Cogeré á mi hijo y á buscar nueva senda. (Entra en la casa y se dirige á la cuna. Al notar la falta del niño demuestra temor y espanto.) ¡Mi hijo!... ¡mi hijo!... ¡Me han robado á mi hijo!... ¡Mi padre!... ¡Ricardo! ¡Nos han robado nuestro hijo! (Sale locamente á la calle.) ¡Mi hijo!... ¡Ricardo! (Se va precipitadomente por la izquierda, gritando siempre.) ¡Hijo mío!... ¡Me han robado á mi hijo!... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... (Desaparece.)

MUTACION

CUADRO TERCERO

Telón de mar á todo foro. En segundo término el acantilado del cual parte un muro que atraviesa la escena de izquierda á derecha. Este será practicable por la izquierda. Encima se verá el castillo de la Condesa de estilo feudal. Bastidores de rocas.

ESCENA PRIMERA

RICARDO. Aparece recostado en el muro

¡Noche silenciosa! ¡Mar tranquilo! Como mi espíritu haces que no se interrumpa con la agitación de tus olas mi propósito. Hora es ya de que el amor no tenga clases. Hora es de que se fundan en un solo crisol dos corazones, que ante la sociedad no se pertenecen. ¡Hermosa sociedad! (Mirando hacia la izquierda.) Ya llega Ludivina. (Extrañeza.) ¡No, no es ella! ¿quién podrá ser? (Mirando con más ansia.) ¡El señor Remigio! ¿qué intentará? (Haciendo calma.) Observaré aquí escondido. (Se esconde en la parte interior de la derecha del muro.)

ESCENA II

RICARDO y REMIGIO, que aparece receloso subiendo por los riscados del acantillado. Lleva el niño en brazos

REM. (Mira á todos lados y da un gran suspiro.) ¡Por fin!

RIC. (Asombrado.) ¡Ese niño! ¡Mi hijo! ¡es mi hijo!

REM. ¡Eh!... No, no es nada. Mar tranquilo, no es así como yo te quería mi buen compañero.

RIC. ¡Qué dice ese hombre!

REM. Necesitaba que tuvieras mucho empuje, para que llevases pronto ésta embarcación á su destino.

RIC. ¡El señor Remigio se ha vuelto loco! pero ¿y Ludivina?

REM. Sin embargo, te agradezco tu buena voluntad. No quieres martirizarnos demasiado. ¡Ya no me duelen los tormentos que tú pudieras darnos! ¡Te conozco bien! ¡Prepara tus dos mejores habitaciones! (Va á subir resuelto á lo más alto del acantilado y al dar el primer paso le detiene la voz de Ludivina.)

ESCENA III

RICARDO, REMIGIO y LUDIVINA

LUD. (Aparece por la izquierda con el cabello destrenzado en la verdadera actitud de una loca.) ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! (Al ver al señor Remigio se precipita y sube hasta él; arrojándose á sus pies se los sujeta.) ¡Es mío! ¡dame á mi hijo!... ¡me pertenece!

REM. (Con carcajada sarcástica.) ¡Ja, ja, ja! ¡Tu hijo! ¡Tu hijo viene conmigo para siempre! (Señalando al mar.) ¡Mira qué mundo le espera!

RIC. ¡Oh qué angustia!

LUD. ¡Por mi madre! ¡Por el padre de ese inocente que estrechas contra tu pecho! (Entran por la izquierda todos los personajes de la obra.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, CONDESA y todos los demás personajes de la obra

REM. ¡Miserable! No le llames así. Díme su nombre, dímelo ó por lo que está allá arriba que me arrojo al mar.

RIC. (Se dirige al señor Remigio y en actitud resuelta le arranca el niño y dice solemnemente.) ¡Yo soy su padre!

REM. ¡Jesús! ¡El señorito!

COND. ¡No, Ricardo! ¡Tú estás loco!

RIC. (Rodea el talle á Ludivina. Estrecha con ansia al niño yendo hacia la derecha.) No, no estoy loco. Locos sois vosotros que vivís sin sentir el

verdadero amor. ¡Esto es mío! ¡Es fruto de mi cariño. (*Señala á la derecha cuya segunda caja ilumina la luna.*) ¡Esa es nuestra senda! ¡La de la verdad! ¡La del amor!

COND. ¡Soy tu madre!

RIC. Por serlo gozarás de la felicidad de tu hijo. Nuestra vida será un completo idilio de amor.

COND. ¡Ricardo!

RIC. Romped vuestras cadenas y abrid la conciencia á los actos nobles. ¡Bendita, bendita la sociedad que entre por esta nueva senda! (*Vase Ricardo y Ludivina con el niño por la izquierda. Todos instintivamente van hacia el mismo sitio. Primero la Condesa, el Cura, Virginia, Olmedilla, Villa-Robles, Alcalde, etc., etc.*)

COND. (*Con desesperación.*) ¡Ricardo! ¡Nos has perdido!

REM. (*Levantando al cielo los brazos.*) ¡Bendito nombre! ¡Nos has salvado!

FIN DE LA OBRA

Precio: UNA peseta